

por medio del humo que despedían las hogueras encendidas en las cumbres de los cerros y montañas.

De todas estas afirmaciones puede hallarse la confirmación en el corto período que abarca la aventura de la conquista que á grandes rasgos hemos bosquejado.

Lo curioso del caso es que á principios del siglo XV se usaba en Europa, ó por lo menos alguna vez se puso en práctica, el medio de comunicar las noticias empleando las humaredas, de igual modo que lo hacían los indios de Anáhuac.

Insertamos el texto de un documento escrito en el primer tercio del siglo XV, cuando gobernaba en el reino de Castilla Don Juan II. Helo aquí:

«En la carta que tiene el Rey de Gómez de Hoyos, narra: que por mandado del rey de Aragon, á la hora que fué libre el Infante, *por los oteros é las sierras se hicieran ahumadas, en tal guisa que en un dia colarian del castillo de Mora hasta San Vicente de Navarra, adonde estaban los Reyes de Aragon y de Navarra, si aprobara los tratados el rey D. Juan.* Tiene carta el Rey en Agreda salió á recibir el Rey de Navarra al Infante, é narran al Rey que habló el Infante muy honradamente de su Señoria, de que plugo al rey de Navarra, que desea la paz.»

Vese por lo anterior, que los primitivos usos en lo que toca á comunicaciones, no se habían echado en olvido, en Europa; y á principios del siglo XV (siglo del descubrimiento de América) todavía se aprove-

chaban las *humaredas* en Castilla y Aragón para transmitir de un reino á otro las noticias de más gravedad é importancia para la paz de aquellos pueblos.



Con respecto á la rapidez de los mensajes, citaremos las palabras de un reputado polígrafo. . . . «Hernán Cortés, al conquistar á Méjico, se encontró con que las comunicaciones de Moctezuma con sus súbditos se hacían por medio de corredores, que al decir de Prescott y otros historiadores de la conquista de Méjico, recorrían distancias inverosímiles.»

Ya que hemos hecho mención de los sistemas de correos empleados por los pueblos más antiguos, no podemos dejar de referirnos á los romanos; éstos, naturalmente, debían contar con un servicio de comunicaciones perfeccionado; en cuanto á que si no hubiere acontecido así, difícil sería la explicación de cómo se tenían en la Ciudad Eterna productos de todas las partes del Globo, si no hubieran estado bien montados los medios de conducirlos rápidamente.

A más de estos datos que podemos deducir de la vida romana, nos encontramos con que César, desde Bretaña, escribió dos cartas á Cicerón á Roma, que tardaron veintiséis y veintiocho días respectivamente en llegar á su destino, y con que el mismo César, en sus *Comentarios*, hace notar que no eran los correos una importación Romana en Bretaña, sino que se conocían ya, y que por cierto estaban montados para una gran rapidez.

Augusto organizó los correos en Roma, mandando que se usaran peatones, caballos ó carros, estableciendo relevos abundantes, y dando el título de servidores suyos á los correos, y es de advertir que, aunque los pagaban las villas y provincias, los particulares no podían usarlos para remitir su correspondencia, viéndose obligados á transportarla, aprovechando viajes de un comerciante ó mandando con ella á un esclavo. En tiempo de los demás emperadores continuó el mismo sistema de correos, que eran tanto más necesarios cuanto que se aumentó de una manera extraordinaria la extensión del Imperio; en tiempo de Diocleciano había tres correos, según se afirma por algún escritor: uno fiscal y administrativo, otro militar, y el tercero para los particulares. De la época de los emperadores merecen referirse dos hechos que prueban una vez más la existencia y perfección del sistema romano para conducir pliegos y personas, y son: uno, la rapidísima marcha de Constancio, hijo de Constantino, para tomar posesión del trono de su pa-

dre (que por cierto tuvo buen cuidado en las paradas de desjarretar á los caballos para que nadie lo siguiera), y el otro, el citado por Sócrates en su *Historia eclesiástica*, refiriéndose á un tal Palladio, que en tiempo de Teodosio iba en tres días de Constantinopla á la frontera de Persia y volvía con igual rapidez, haciendo, según Sócrates, á quien le dejamos la responsabilidad de la noticia, *unos trescientos kilómetros diarios*.

Para dar una idea del servicio de comunicaciones en Roma, nada más oportuno que las siguientes líneas tomadas del discurso de recepción en la Academia de la Historia, del insigne académico Don Eduardo Saavedra: «Las casas de postas eran de dos clases: las llamadas *unitationes* tenían dispuestos veinte caballos, y en las más importantes (llamadas *civitates*, cuando eran poblaciones cerradas, ó *mansiones* si tenían alojamiento y víveres para las tropas en marcha), había doble número y el correspondiente de carros, bueyes y acémilas para la conducción de carros y bagajes. Cada año se renovaba la cuarta parte de los caballos de posta, y no se permitía salir más de cinco al día, por punto general. La velocidad con que se recorría por este medio era de más de dos leguas por hora, próximamente, como la de nuestros correos, pues Plinio el Mayor cita el viaje de 200 millas (297 kilómetros) que hizo en veinticuatro horas Tiberio Nerón para ver á su hermano Druso, enfermo en Germania, y viajes análogos de Diocleciano y Constan-

tino y otros personajes excitaron la admiración de los autores antiguos. Pero distaban mucho estos correos de prestar al comercio y á las relaciones los servicios importantes que hoy se disfrutan, porque establecidos con un objeto oficial determinado, sólo podían usarse por orden expresa del emperador ó de un corto número de delegados suyos, llamados primero *diplomata*, más tarde *evectiones*, y otras patentes nombradas *diplomata tractatoria* daban derecho á la manutención en el viaje; las disposiciones que habían de llenarse por los portadores de esta especie de pasaportes se exigían con tanto rigor, que por faltar á ellas Helvio Pertinax, enviado por Tito á Servia con un cargo de confianza, tuvo que concluir á pie su viaje á Antioquía.»

Los bárbaros que invadieron el Imperio romano tenían también montado el servicio de mensajeros ó correos; no hacemos historia detallada de su estado en cada uno de los pueblos invasores, porque sería desnaturalizar la índole de este trabajo.

Ocupada la capital de México por los conquistadores, todavía siguieron prestando muy importantes servicios los correos de los indios, aunque ya en favor y bajo las órdenes de los castellanos.

Uno de los hechos más dignos de citarse que podemos traer á colación, nos lo suministran las relaciones entabladas por Cortés con los monarcas de Michoacán, cuando se determinó Don Hernando á «tomar conocimiento de los reinos de la tierra adentro.» Sa-

bido es que mandó á Sandoval y á Olid con varios mexicanos al rey de Michoacán, convidándolo con su amistad, y haciéndole saber que las armas españolas habían conquistado á México, émulo antiguo de su reino. Aquel rey dispuso desde luego hacer una visita al conquistador y ponerse bajo su protección; pero los consejeros disuadiéronle de aquel intento y le sugirieron la idea de enviar á *Vehichilzé*¹, hermano del monarca, para que se informase de lo que los emisarios de Cortés habían referido. El hermano del rey de Michoacán fué recibido espléndidamente, y cuando volvió á Tzinzonza, corte del rey tarasco, y refirió al monarca las buenas disposiciones en que dejaba á Cortés, el rey Tanguasán, por sobrenombre *Bimbicha*, dió orden de que se dispusiera lo necesario para comparecer delante de Cortés, con aquella pompa que correspondía á tan poderoso rey. Acompañóle en aquel viaje toda la nobleza de su reino, ricamente vestida y con inmenso tren partió de su capital. *Todos los días que duró aquel camino, se despachaban correos á Cortés, avisándole del paraje en que el monarca hacía noche.*

Hoy que se dispone de la fácil comunicación por medio de los ferrocarriles y de los hilos telegráficos, no se hubiera podido ser más oportuno en la rapidez de las noticias para los fines que perseguía el atrevido conquistador.

¹ Los Tres Siglos de México por el P. Andrés Cavo. Libro Primero, pág. 5. Edición de 1852.—J. R. Navarro. México.

Cuando Hernán Cortés organizó y publicó la expedición á Irueras para castigar la ingratitud de Cristóbal de Olid, dice el P. Cavo, que dispuso llevar consigo al Factor y al Veedor para que no quedaran sujetos á sus colegas; así es que fué con ellos y su numerosa y escogida comitiva hasta Coatzacoalcos. Apenas habían llegado á este lugar, cuando llegó á Coatzacoalcos un correo «despachado á toda furia» por el Ayuntamiento de México, quien llevó la noticia de que luego que Cortés se alejó de la capital, habían reñido malamente el Tesorero Estrada y el Contador Albornoz, por un asunto de tan poca monta, como era poner un nuevo alguacil. Incontinenti, Cortés, habiendo escrito á aquellos gobernadores que si no olvidaban la enemiga que los hacía proceder tan escandalosamente, los privaría del oficio, mandó que al punto se pusieran en camino para la capital el Factor y el Veedor, dándoles autoridad bastante para procesar á aquellos hombres, caso de que aún durara el rompimiento.

*
* *

Por todos los hechos que narramos en los capítulos que anteceden, se ve la bondad de la organización de los correos del antiguo imperio mexicano. Visible está su facilidad de acción, su celeridad increíble,

su adaptación á todas las necesidades de la guerra, su discreción inquebrantable ó sea inviolabilidad de las comunicaciones, puesto que los correos nunca revelaron los mensajes verbales ni los escritos que siempre condujeron abiertos. Visible está su sabia reglamentación, previniendo, principalmente, el caso de invasiones ó de arribo á las costas de gentes extranjeras, en los cuales casos fueron las hogueras encendidas en las alturas, el medio de comunicación por el que supo Moctezuma la llegada de Grijalva y del mismo Cortés y su internación en el país. Visible está la inteligencia del personal en el desempeño de sus comisiones postales, y su valor no desmentido al penetrar en los territorios enemigos en cumplimiento de su deber, y sin embargo, institución tan importante y de tanta utilidad para la Administración pública, no podía sobrevivir mucho tiempo en aquella catástrofe.

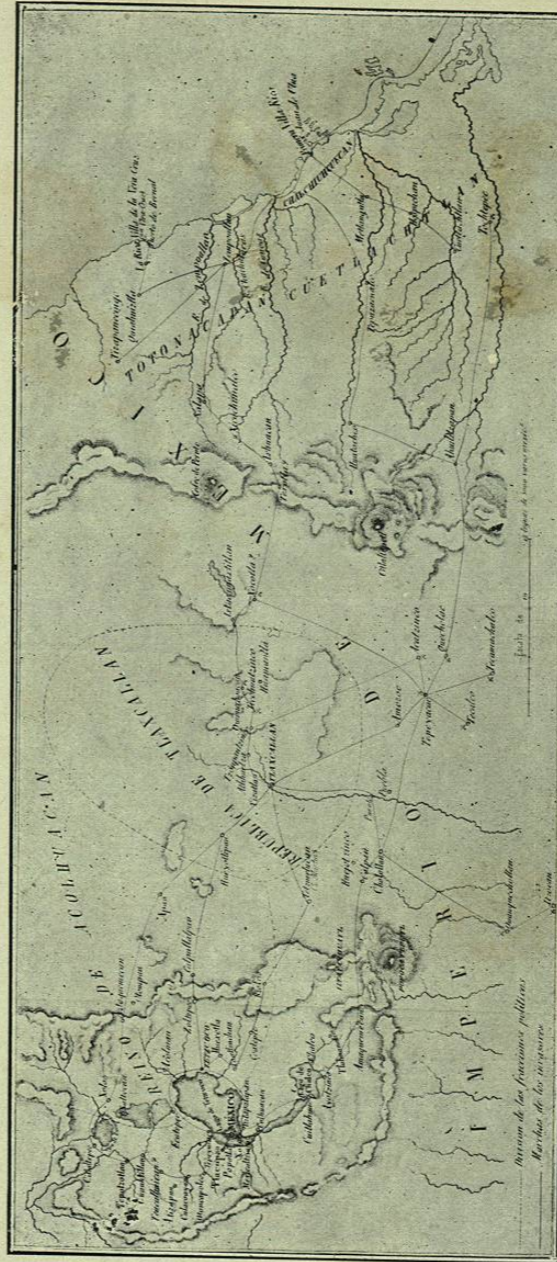
Debemos, para concluir esta primera parte de nuestra historia postal, mencionar el fin del Imperio Azteca y de su sistema de correos; pero haremos abstracción de los sucesos del sitio de la capital, en que durante setenta y cinco días se derramó á lagos la sangre de los defensores de la plaza, para ocuparnos sólo del último instante, la tarde del día 13 de Agosto de 1521. En ese justo momento quedó extinguido el sistema postal de los méxica, porque siendo el emperador el móvil y el centro principal de las comunicaciones en la paz y en la guerra, la captura de

Cuauhtémoc, último emperador, desquició en absoluto la organización del servicio, pues no hubo ya quien expidiera ó recibiera los despachos; pero la extinción tuvo que ser en ese mismo instante de la captura, puesto que minutos antes pudo todavía el emperador despachar por medio de los correos noticias ú ordenes, á los súbditos, al ejército ó á los reyes sus aliados.

Aquella tarde tempestuosa en que, rota la clave, se derribó el imperio del Anáhuac, aquel vasto y poderoso imperio que caía al golpe cruento de una predestinación inevitable, se percibieron sus últimas vibraciones vitales, en una imprecación del rey prisionero en presencia del capitán conquistador, cuyas palabras se repiten aún á través de todos los tiempos: «Toma español ese puñal y quítame la vida, ya que no he sabido perderla en defensa de mi pueblo.» Esta frase del héroe selló para siempre la tumba de su imperio y abrió las puertas de su patria á la dominación española.



Mapa-itinerario de los conquistadores españoles, formado por Don Manuel Orozco y Berra.



Probables rutas postales durante la época anterior á la Conquista.